

LIUTPRANDO DE CREMONA EN CONSTANTINOPLA

LA RETÓRICA DEL DESQUITE

José Marín*

[Originalmente en *Byzantion Nea Hellás*, N° 24, 2005]

I. El autor: Liutprando de Cremona (c.920 - c.971)¹

Liutprando nació hacia el año 920, probablemente en Pavía, Italia. Se sabe que provenía de una familia de comerciantes y que, curiosamente, tanto su padre - que murió cuando Liutprando era un niño aún- como su padrastro -que se hizo cargo de su formación-, cumplieron misiones diplomáticas en Constantinopla, capital del floreciente Imperio Bizantino de la época de la dinastía Macedonia. El primero hizo el viaje en 927, y el segundo en 942. En la *Antapodosis* (Ant. III, 22) Liutprando recuerda el viaje de su padre ante los "aqueos" (griegos), cuando "reinaba el emperador Romano, digno de memoria y alabanza, generoso, humano, prudente y piadoso, al cual, sea por la honestidad de las costumbres como por la urbanidad de su lengua, fue enviado mi padre como embajador". Poco después de su retorno a Italia cayó gravemente enfermo muriendo tras algunos días de agonía, después de haber tomado los hábitos, "dejándome -dice el autor- huérfano de poca edad" (Ant. III, 24). A su padrastro Liutprando se refiere en otro pasaje, al relatar un intercambio de embajadas entre Hugo de Arlés (926-945), rey de Italia, y

* Profesor en las Universidades católica de Valparaíso, Católica de Chile, Adolfo Ibáñez y colaborador permanente del Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos de la U. de Chile

¹ Para la biografía de Liutprando véase: "Introducción" a Liutprando de Cremona, *Informe sobre la Embajada a Constantinopla*, Instituto de Filología Clásica, Colección Textos y Estudios, 1, 1994, Buenos Aires, pp. i-ix; Pognon, O., *L'An Mille*, Gallimard, 4^{ème} Ed., 1947, Paris, pp. 3-6; "Introducción" de M. Oldoni a Liutprando di Cremona, *Italia e Bisanzio alle soglie dell'anno Mille*, Europia, 1987, Novara, pp. 7 y ss. También Khazdan, M., et al., *The Oxford Dictionary of Byzantium*, Oxford U. Press, 1991, Oxford, vol. II, pp. 1241 y s. Las fuentes serán citadas en forma abreviada: Ant. = *Antapodosis*, según la edición italiana; Rel. = *Relatio de Legatione Constantinopolitana*, según la edición en castellano.

Romano (920-944), "emperador de Constantinopla", con estas palabras: "...hombre adornado con la seriedad, pleno de sabiduría, que era entonces embajador del rey Hugo..." (Ant. V, 14). La misión tenía como fin concertar un matrimonio entre la hija de Hugo y un hijo de Constantino VII (913-959). Podemos suponer, claramente, que Liutprando pudo obtener información de primera mano acerca del Imperio de Oriente, la que utilizará después cuando escriba la *Antapodosis*.

La relación entre comercio y diplomacia no es una cuestión rara en la época. La corte regia aprovechaba, sin duda, los contactos y conocimientos de oriente de la familia de Liutprando, para sus misiones políticas. Por otra parte, la influencia del padre y del padrastro en la corte real fueron decisivas para que el joven Liutprando ingresara al círculo regio, recibiendo una esmerada educación en la corte de Pavía. El rey Hugo de Arlés, impresionado por la voz del joven, introdujo a Liutprando en el ambiente cortesano: "...en aquel tiempo (...) me había ganado el favor del rey Hugo por la dulzura de mi voz. Efectivamente, él apreciaba mucho la armonía del canto, en la cual ninguno de los muchachos de mi edad podía vencerme" (Ant. IV, 1). El "egocentrismo histórico" de Liutprando -según expresión de Pognon²-, como se aprecia, se expresa desde muy temprano en la vida y obra del autor, y correrá a raudales en sus escritos.

En fin, fue en ese ambiente cortesano de Pavía que Liutprando adquirió su formación clásica y religiosa, la que aflora en distintos momentos a través de toda su obra. Sólo considerando la *Antapodosis* -y sin pretender ser exhaustivos en la enumeración-, en ella abundan las citas y referencias a autores clásicos, y nada más comenzar la lectura del *Proemio*, encontramos alusiones a Cicerón y Terencio, junto a autores cristianos como San Isidoro de Sevilla o el Pseudo Agustín, además de las referencias bíblicas -tanto vétero como neotestamentarias- presentes a través de toda su obra. Siempre teniendo en cuenta la obra precitada, hallamos citas de Virgilio³, uno de los pilares de la educación latina altomedieval, así como a Cicerón⁴, Terencio⁵ y Horacio⁶, entre los autores más conspicuos. También conocía el autor la obra de Plinio, Marcial, Plauto, Salustio, Juvenal, Ovidio, Séneca, entre los autores antiguos, y entre los más tardíos, cita a Jordanes, Orosio o

² Pognon, O., op. cit., p. 4.

³ Ant. I, 1, 12, 26, 32, 33; II, 4, 19, 31, 69, 71; III, 3, 9, 16, 26; IV, 10, 12, 16, 17, 19, 29, 30; V, 5, 18, 27.

⁴ Ant. I, 1, 13, 14; II, 16, 41, 51, 69; III, 15, 40, 41; IV, 7, 34; V, 18, 22, 27; VI, 3.

⁵ Ant. I, 5, 11; II, 14, 63; IV, 12, 30; V, 6, 7, 31, 32; VI, 6.

Boecio. Así, no sólo podemos concluir que Liutprando recibió una sólida formación intelectual, sino que, además, supo aprovecharla. Según M. Oldoni, se trata de uno de los intelectuales más interesantes de la cultura europea altomedieval⁷. Como precisa J. Richard, el tema de la formación no es menor al ponderar el valor del testimonio⁸.

Habiendo comenzado su carrera como protegido de Hugo de Arlés –durante su reinado recibió el diaconado en Pavía-, Liutprando la continuó bajo el gobierno de Berengario II (900-966), gracias a su padrastro, quien conservó su influencia al interior de la corte real. “Incitado por esta tan grande fama, humanidad y generosidad de Berengario, mis padres me confiaron a su servicio. Habiéndole además ofrecido inmensos dones, me pusieron como su secretario (*epistolarum signator*) en la cancillería” (Ant. V, 30). Así, con un cargo de algún modo “comprado”, el joven clérigo ingresó a la burocracia cortesana, lo que habría de acarrearle numerosos sinsabores.

El año 949 Berengario, respondiendo a una misión diplomática bizantina, y con el pretexto de enviarlo como embajador a Constantinopla para que aprendiese griego, mandó a Liutprando a la corte del emperador Constantino VII. Observador inteligente, fino y sagaz, no pudo menos que impresionarse con el ambiente constantinopolitano –que conocía sólo de oídas-, admiración que quedó plasmada en el libro VI de la *Antapodosis*, que se constituye en un relato-informe de su periplo. De regreso en Italia, Liutprando cayó en desgracia ante Berengario y buscó refugio en la corte de Otón I el Grande (936-973). No se sabe por qué Liutprando se indispuso ante el rey, aunque por su relato se puede presumir que en el distanciamiento entre ambos tuvo que ver el tema de las deudas impagas por parte del rey.

En 956 en Franckfurt, conoció al embajador del Califa de Córdoba, Abderramán III (912-961), el sacerdote Recemundo de Elvira, quien lo instó a escribir la historia de su tiempo, que conocía como testigo privilegiado. En 958, así, Liutprando se dio a la tarea de escribir la *Antapodosis*: “Por dos años, padre carísimo, por la escasez de mi ingenio, he diferido satisfacer tu encargo, con el cual me exhortaste a escribir acerca de los reyes y emperadores de toda Europa (...) por haberlo visto personalmente” (Ant. I, 1). Terminó de

⁶ Ant. I, 11, 44; II, 14, 20; III, 28.

⁷ Oldoni, M., op. cit., p. 7.

⁸ Richard, J., *Les Récits de Voyages et de Pèlerinages*, Brepols, 1985 (1981), Belgium, pp. 55 y ss.

redactar el libro en 960, en la isla de Paxos, al sur de Corfú, cuando viajaba a Constantinopla –el viaje, por cierto, no llegó a feliz término- (Ant III, 1).

El año 961 fue nombrado obispo de Cremona por el emperador Otón, y al año siguiente asistió a la coronación imperial del mismo, en Roma. Entre los años 963 y 967 encontramos a Liutprando participando en diversos acontecimientos de la época, relacionados con el emperador, los papas y, en general, con la situación italiana. De esa experiencia, y con el fin de exaltar la obra de su egregio protector, justificando al mismo tiempo su política italiana, surge su segunda obra, la *Gesta del Emperador Otón el Grande*, un pequeño tratado que podemos calificar de propagandístico, y que ahora no nos interesa pues nada dice del tema que ahora nos ocupa: Liutprando como embajador-viajero.

Interesado Otón el Grande en casar a su hijo, Otón II (973-983), con una princesa bizantina, decidió enviar a Constantinopla, aprovechando su experiencia, al obispo de Cremona, quien llegó a la capital imperial el 4 de junio de 968, según él mismo relata (Rel. 1). La misión del embajador consistía en limar asperezas entre el Sacro Imperio Romano Germánico y el Imperio Bizantino, cuyas relaciones se habían deteriorado por las incursiones de Otón en Italia, con el fin de aunar esfuerzos en la lucha contra los sarracenos en el sur de la península; la paz quedaría sellada, idealmente, con la alianza matrimonial. En la *Relatio de Legatione Constantinopolitana*, una larga carta-informe dirigida a los Otones, Liutprando da cuenta de las peripecias vividas en Constantinopla, pintando un cuadro vívido –aunque desproporcionado por su resentimiento- y dando rienda suelta a su encono contra los griegos por el trato recibido, en un relato cargado de subjetividad que contiene ridiculizaciones grotescas –algunas muy sabrosas, por cierto- del emperador y su entorno. La *Relatio* es, así, un documento notable al momento de ponderar las relaciones entre el occidente latino y el oriente griego.

En el año 969 encontramos al obispo en Roma, con ocasión de la firma del acta de creación del obispado de Benevento, y después, representando a Otón en el sínodo de Milán. Al año siguiente se encuentra en Cremona y, en 971, emprende un nuevo viaje a Bizancio a fin de finiquitar de una vez el asunto del matrimonio imperial y restablecer la paz, ya que el cambio de emperador en Bizancio favorecía entonces las negociaciones que habían fracasado la vez anterior. A fines de ese año, o a comienzos del siguiente, murió el obispo mientras viajaba de regreso a su tierra.

Joven de voz privilegiada, don que le permitió ingresar a la corte real, además del apoyo permanente de su padrastro; obispo y hombre de letras; embajador y viajero; humilde o altanero frente a los poderosos según el caso; servidor leal y a veces incomprendido; observador atento y sagaz, cuya filosa pluma era capaz de herir con sus ironías. Así era este Liutprando, que nos legó una obra curiosa que nos permite sopesar las diferencias que entonces existían entre la cristiandad occidental y la oriental, entre un mundo –el bizantino- que vive –y se precia de ello- un esplendor cultural, político y económico, y otro, el germánico, bárbaro, que se está empinando después de la profunda crisis del siglo X, que había convertido a Europa en un campamento militar sitiado, como diría C. Dawson⁹.

Testigo de grandes hechos y pequeñas intrigas, que desfilan en un relato en el cual –junto a retratos, descripciones de lugares, edificios y ceremonias- comparece permanentemente el “yo”, que tiende, admirado, a empequeñecerse en el libro VI de la *Antapodosis*, y a agigantarse por el resentimiento y la afirmación del “sí mismo” frente al “otro” en la *Relatio de Legatione Constantinopolitana*. Es tiempo ya de decir algo más acerca de ambas obras, aprovechando de señalar, también, algo más sobre su autor.

II. Los textos: la *Antapodosis* y la *Relatio de Legatione Constantinopolitana*

Tal como hemos dicho líneas atrás, la obra de Liutprando, en cuanto viajero, se reduce a dos escritos: la *Antapodosis* y la *Relatio de Legatione Constantinopolitana*. La primera fue escrita, recordemos, en 958, dos años después del crucial encuentro con Rcemundo de Elvira, quien animó a Liutprando a escribir sobre los reyes, emperadores y papas de su tiempo, aprovechando lo que podía recoger de testimonios orales de personas cercanas, así como su propia experiencia como testigo ocular y protagonista. El resultado fue una obra singular, cuyo título mismo el autor explica: “Si este libro trata de las acciones de los hombres ilustres, ¿por qué el título de *Antapodosis*¹⁰? A tal pregunta respondo así. He aquí el fin de esta obra: que señale, muestre y proclame las acciones de

⁹ v. Dawson, C., *Religion and the rise of Western Culture*, Image Books, 1958 (1957), New York, pp. 84 y ss

¹⁰ La palabra *ἀνταπόδοσις* se traduce por “recompensa, castigo, retribución”.

Berengario, que no es ya rey en Italia, sino tirano, y de Willa, su mujer, que a justo título es llamada segunda Jezabel a causa de su insufrible tiranía, y Lamia, por el carácter insaciable de sus rapiñas. En efecto, nos han arrojado gratuitamente tantos engaños, nos han causado tantos daños con su rapacidad, cometieron tantas maquinaciones impías contra mí, mi casa, mi parentela y mi familia, que la lengua no lo puede proferir ni la pluma escribir. Que esta obra sea para ellos, pues, una *antapodosis*, esto es, una retribución, puesto que a cambio de las calamidades que soporté, mostraré su *asebeia*, es decir, su impiedad, a los hombres presentes y futuros. Asimismo, será igualmente una *antapodosis* para los hombres santísimos y afortunados que me hicieron algún bien” (Ant. III, 1).

El autor es bastante claro en su intención moralista, que tiñe toda la obra y marca su “tono”. Así, no escribe un relato “neutro” de los hechos, sino que presenta a sus protagonistas según eso que Pognon llama “egocentrismo histórico”. El “yo” del autor comparece permanentemente, desde una posición, por así decir, de narrador omnisciente, que denosta o alaba según su propio rol en el drama que escribe.

Se compone la *Antapodosis* de seis libros de diferente extensión cada uno, y abarcan cronológicamente desde fines del siglo IX hasta el 949, año de su primer viaje a Constantinopla. Evidentemente, en los primeros libros, de “tono” más histórico-narrativo, recoge testimonios de terceros, mientras que en los últimos habla de su propia experiencia. A lo largo de buena parte de la obra comparece el relato del viajero: ya sean palabras que toma de otros (en el Libro I se refiere al emperador bizantino, deteniéndose en datos legendarios o pintorescos; en el Libro III alude a la misión diplomática de su padre, su recibimiento en Constantinopla y algunos acontecimientos de la historia del Imperio Bizantino; en el Libro V describe el Palacio de Constantinopla, aunque bien podría responder a su primera visita), o bien la narración de su propia visita como embajador que, en el Libro VI, le permite hablar de las motivaciones del intercambio diplomático entre Berengario II y Constantino VII, así como de sus sentimientos e impresiones. El embajador aprovecha la ocasión y, junto con describir y comentar, por ejemplo, los banquetes, se deleita –y nos deleita- con interesantes observaciones de edificios, como es el caso del Palacio de la Magnaura (Ant. VI, 5) o la Dekanea (Ant. VI, 8), transmitiendo al lector su asombro ante las maravillas que allí vio. Son estas características las que nos permiten

aproximarnos a la *Antapodosis* como a un relato de viaje –aunque no lo sea en forma íntegra- y clasificarla, siguiendo los postulados de J. Richard, dentro de las “relaciones de embajadas”¹¹.

La *Relatio de Legatione Constantinopolitana* se puede clasificar también dentro del mismo género de relatos, y es, en la práctica, una larga carta-informe dirigida al emperador para explicarle las peripecias del viaje y la causa de su retraso para volver a Occidente (Liutprando estuvo, forzosamente dice, durante cuatro meses en Constantinopla). Tiene la *Relatio* 65 capítulos de desigual extensión, en los cuales el autor, en orden cronológico, refiere su llegada a la Capital, su recibimiento y sus discusiones –políticas, sobre todo, pero también religiosas- con sus interlocutores. El “yo” del narrador tiene una fuerte presencia, otorgando al relato, a menudo, un tono dramático. Tal como en la *Antapodosis* – y de forma aún más acentuada-, no estamos frente a un frío informe político-diplomático, sino a una exposición sabrosa e irónica, a veces grotesca y otras de aguda fineza, escrita por un testigo culto y sensible, aunque a veces también arrogante. A menudo el relato destila amargura, y lo que asombraba a Liutprando en su primer viaje, ahora lo fastidia. Y es que en 949 él era un diácono legado de un rey ante el emperador, pero en 968 es ya obispo, y ha sido enviado por el emperador, y quiere, pues, que se le trate con la dignidad que su cargo, misión y emisario merecen. Por cierto es *su* situación o posición la que ha mutado, y no la del Imperio Bizantino, que con justicia considera que no puede existir otro Imperio, por lo que considera al embajador como un enviado real y nada más. El contraste entre la pretensión de cada parte lleva a largas discusiones de carácter político entre el emperador bizantino y Liutprando.

La personalidad del autor –uno de los rasgos relevantes según J. Richard para ponderar el valor de los testimonios¹²-, es en este caso algo decisivo. Ya hemos dicho bastante sobre la vida y obra del obispo de Cremona, por lo que sólo reiteraremos que tuvo una excelente formación intelectual, fue testigo privilegiado de su tiempo y, aún más, protagonista. Por otro lado, la experiencia política y diplomática del autor también es una garantía de credibilidad; no obstante, su carácter vehemente y su estilo literario, donde abundan la ironía y el sarcasmo, así como su actitud “ingenua” del primer viaje frente a la

¹¹ Richard, J., op. cit., pp. 25-26.

¹² Ibid., pp. 55-60.

“arrogante” del segundo, deben llevarnos a leer con prudencia ciertos pasajes en que se tiende a la exageración. Tal vez una de las claves retóricas del discurso sea ésta: mientras en la *Antapodosis* denosta al rey exaltando al emperador bizantino (que recibió bien a sus parientes, es decir, hizo un bien a Liutprando frente al mal que le ocasionó Berengario) y admirándose de todo cuanto ve desde su pequeñez de enviado real, en la *Relatio* denosta al emperador bizantino (que lo recibe mal y lo trata, según él, indignamente) para exaltar a los Otones. Por ejemplo, describe la fealdad del emperador griego para luego exclamar: “Siempre me parecisteis hermosos, señores augustos emperadores míos, ¡cuánto más hermosos desde entonces!” (Rel. 3). En otro pasaje, después de mofarse de las vestiduras de los bizantinos, dice: “¡Un solo precioso traje de uno de vuestros nobles es más precioso que cien de éstos, y aun más!” (Rel. 9). La comparación entre los gobernantes de oriente y occidente, presentando al primero como compendio de todos los vicios y al segundo de las virtudes, es elocuente: “El rey de los griegos lleva cabellos largos, túnica con amplias mangas, teristro; es mendaz, fraudulento, despiadado, astuto como un zorro, soberbio, falsamente humilde, avaro, codicioso, vive comiendo ajo, cebolla y puerros y bebiendo aguas termales; el rey de los francos, por el contrario, está pulcramente rasurado, usa ropaje distinto del femenino, lleva píleo, es veraz, sin dolo alguno, muy misericorde cuando corresponde, severo cuando conviene, siempre sinceramente humilde, nunca avaro, no se alimenta de ajo, cebollas ni puerros para poder prescindir de los animales en su mesa de modo que, no comiéndolos sino vendiéndolos, acumule dinero” (Rel. 40).

Probablemente no sea éste un recurso retórico muy fino, pero es efectivo.

En cuanto a las modalidades de redacción¹³, en la *Relatio* Liutprando es protagonista, es decir, escribe acerca de lo que él hizo, vio y escuchó. A diferencia de lo que ocurre con la *Antapodosis*, donde el autor escribe varios años después de los hechos, apelando a su memoria (en el caso de su propio viaje) o al testimonio de terceros, la *Relatio* parece escrita durante el viaje, o apenas éste finalizó. Es muy probable que Liutprando haya llevado un registro a modo de bitácora o libro de notas, que luego le sirvió para la redacción final, como podría desprenderse del episodio de los versos que, dice, dejó escritos como “graffiti” en la pared de su alojamiento constantinopolitano, y que reproduce

¹³ Ibid., pp. 42-46.

íntegros (Rel. 57). Si el texto fue escrito durante el viaje, es muy probable que lo haya retocado a su regreso, dada la cantidad de citas eruditas que aparecen.

Nuestro autor –ya lo hemos dicho– es un clérigo, cosa corriente en la cultura literaria de la época, de amplia formación, y escribe en latín¹⁴. El conocimiento que tiene del griego, a pesar de sus viajes y de las buenas intenciones de su padrastro, no parece ser muy profundo, y es difícil establecer hasta dónde podía mantener una conversación en dicha lengua. No deja de ser sintomático, al respecto, que frecuentemente habla de intérpretes que lo acompañan a él o al emperador bizantino¹⁵. Es capaz, eso sí, de intercalar frases o palabras en lengua griega en la obra –un ejercicio que a veces resulta un poco pedante–, explicando siempre a continuación su significado. Algunas palabras aparecen en caracteres griegos en el original¹⁶, mientras que otras las translitera el propio autor¹⁷.

Según P. Bádenas de la Peña, Liutprando era un espléndido latinista, y conocía de tal manera el griego que podía escribir en ambas lenguas, siendo el primer occidental en dominar la minúscula griega; su griego era el del habla cotidiana y cancilleresca¹⁸. Como señala Richard¹⁹, estos datos acerca del dominio de la lengua son fundamentales a la hora de valorar el testimonio, puesto que dicen relación con la capacidad de recoger información de primera mano en tierras extrañas.

Con todo, y a pesar del subjetivismo imperante en la obra y de aquella retórica presta ya para adular, ya para condenar, ella es considerada como una de las más relevantes para conocer la realidad política de su época y, en relación con sus viajes, elabora una descripción –a veces caricaturesca, eso sí– bastante interesante de la Constantinopla del siglo X, y de los sentimientos de un latino frente a ella, su gente y sus costumbres, que a veces le causan admiración, y otras las encuentra chocantes. Según P. Bádenas, la *Antapodosis* y la *Relatio* “muestran un vívido retablo, no exento de sarcasmo, de sus peripecias en la capital imperial, constituyendo un documento extraordinario sobre la percepción occidental, más bien hostil, del oriente griego del siglo X, amén de suministrar

¹⁴ Ibid., pp. 37 y ss.

¹⁵ Ant. 6, 9; Rel. 2, 37, 54.

¹⁶ Por ejemplo: Rel. 10, 26, 40, 53, etc.

¹⁷ Por ejemplo: Rel. 12, 15, 25, etc.

¹⁸ Bádenas, P., “Peripecias y andanzas del griego en el medioevo occidental”, en: *Byzantion Nea Hellás* (=BNH), 22, 2003, p. 78.

¹⁹ Richard, J., op. cit., p. 59.

una cantera de información de todo tipo sobre la cultura, vida cotidiana y la lengua de Bizancio”²⁰.

La *Antapodosis* ha llegado hasta nuestros días en la edición de Pertz, MGH, Script., III, 264-339, y la edición de la *Patrologia Graeca* de Migne, t. CXXXVI, col. 787-898, con el largo título de *Antapodosis sive res per Europam Gestae*. También forma parte de las obras completas del obispo, publicadas por Dümmler, en Hannover, en 1877. Por nuestra parte, hemos consultado la versión italiana: Liutprando di Cremona, *Italia e Bisanzio alle soglie dell'anno Mille*, ed. a cura di M. Oldoni e P. Ariatta, Europa, 1987, Novara, pp. 37-197.

La *Relatio* se ha conservado en un códice italiano del siglo X, y se editó por primera vez en Ingolstadt, en 1600, trabajo que estuvo a cargo de H. Canisius. Esa edición fue reproducida por Baronius en Colonia, 1603. También hay que considerar las citadas ediciones de la obra de Liutprando de Pertz y Migne, ambas del siglo XIX. Hemos tenido a la vista la edición francesa de O. Pognon (Gallimard, 1947, Paris), pero nos hemos servido preferentemente de la edición bilingüe latín-castellano, preparada por el equipo de traducción y comentario de textos latinos medievales de la Universidad de Buenos Aires, Argentina (Bs. Aires, 1994), pp. 1-66.

III. Elementos constitutivos del relato de viaje

a) El itinerario

Constituye éste, según A. Crivat²¹, un elemento básico en la construcción de un relato de viaje y, de hecho, es su existencia lo que permite catalogar una obra como tal. El itinerario puede ser escueto o muy detallado, con precisiones geográficas y cronológicas, y

²⁰ Bádenas, P., op. cit., p. 78.

²¹ Crivat, A., *Los libros de viajes en la Edad Media Española*, Cap. 5. 1. (Ed. Universitatii, 2003, Bucarest), edición electrónica de la Universitatea din Bucaresti, last update: July 2003 [www.unibuc.ro/eBooks/filologie/AncaCrivat/cap51.htm]

confiere veracidad al relato. J. Richard también se refiere a su relevancia para los relatos de viajes²².

a.1) La *Antapodosis*

En el caso de la *Antapodosis*, y remitiéndonos al Libro VI que se refiere a la embajada de 949, el Itinerario es pobre, y apenas nos entrega algunos datos relevantes. Así, sabemos que Liutprando dejó Pavía el 1 de agosto de 949 y, siguiendo el curso del río Po, llegó a Venecia después de tres días. El 25 de agosto partió desde allí rumbo a Constantinopla, donde llegó el día 17 de septiembre (Ant VI, 4). Nada nos dice de los medios utilizados en el viaje, ni de sus etapas y detenciones; podemos suponer, con bastantes fundamentos, que de Pavía a Venecia avanzó por tierra, mientras que el viaje a Constantinopla lo hizo por vía marítima, siguiendo una ruta tradicional: Mar Adriático, circunnavegación de los Balcanes, Mar Egeo, Estrecho de los Dardanelos, Mar de Mármara, Constantinopla, o bien pudo haber desembarcado en Tesalónica y continuar por la vía Egnatia hasta la Capital o, por último, haber desembarcado en Patras o algún puerto cercano, y desde allí seguir por tierra la mencionada vía. Como veremos, la *Relatio* nos da información más relevante para reconstruir el itinerario. Volviendo a éste, el autor nos informa que, ya en la ciudad, estuvo en el Palacio de la Magnaura, el Hipódromo, la Casa Dekanea, y otras dependencias del Palacio Imperial, pero sin precisar fechas, salvo cuando se refiere a una ceremonia que tuvo lugar poco antes de la celebración de la Pascua, en la semana de Domingo de Ramos (24-30 marzo de 950). Era usual en la época datar los acontecimientos según el calendario litúrgico.

a.2) La *Relatio de Legatione Constantinopolitana*

La *Relatio*, por su parte, es bastante más precisa, pues nos informa de lugares, ciudades, edificios, fechas y, a veces, hasta la hora. Del viaje hacia Constantinopla no nos dice casi nada, sólo que hizo una detención en Patras (Rel. 59) y que llegó “la víspera de las nonas de junio (junio 4, 968)” (Rel. 1), a una de las más de diez puertas del Muro de

²² Richard, J., op. cit., pp. 63 y ss.

Teodosio, al oeste de la ciudad, a la puerta Carea (Rel. 2). Este dato nos lleva a concluir que tiene que haber seguido la vía Egnatia. El medio de transporte, caballos, lo da a conocer en el mismo capítulo, y agrega un dato único en el relato: ese día caía una “no moderada lluvia” (Rel. 2). Excepto por algunas referencias generales a tormentas, el autor no nos da mayores información acerca del clima.

El itinerario, hasta que el obispo emprenda el regreso, se refiere a su estadía en Constantinopla, constituyéndose, así, en una suerte de “diario” que nos informa de sus actividades. Las fechas se indican según el calendario romano las más de las veces, y otras según las fechas del calendario litúrgico, o bien se recurre a ambas modalidades de cómputo temporal. Los detalles de su itinerario en Constantinopla son los siguientes:

- “El octavo día antes de los idus”, víspera de Pentecostés (junio 6) fue recibido por el emperador (Rel. 2).
- “Siete días antes de los idus”, en Pentecostés (junio 7), lo encontramos en el Palacio, en la sala llamada Stephana (Rel. 3).
- El mismo día, después de la hora segunda (Rel. 8) se dispone a presenciar la *proéleusis* o procesión de Pentecostés, avanzando desde el Palacio hacia la catedral de Santa Sofía (Rel. 9-10).
- Siempre el 7 de junio, asiste a un banquete, y posteriormente regresa a su lugar de alojamiento.
- “Después de dos días” (Rel. 13), cayó enfermo el obispo. “A los cuatro días” se reunió con León, curóplata (Rel. 15). Hablamos, pues, de los días 9 a 10, y 14 a 15 de junio.
- El 29 de junio, fiesta de los Santos Apóstoles, lo encontramos en la iglesia del mismo nombre; participa además en un banquete.
- “Pasados pues ocho días” (julio 6), Liutprando es comensal en un banquete imperial (Rel. 21). Más tarde acudió a Palacio, para regresar después a su hospedaje (Re. 23-24)
- Fecha incierta: “durante esas tres semanas” el embajador se reúne con el emperador en Eis Pégas, junto al Cuerno de Oro (Rel. 24). Después, asiste a una cena con el mismo (Rel. 28-29)

- “El décimo tercer día de las calendas de agosto (julio 20)” (Rel. 29), vuelve a encontrarse con el gobernante bizantino (también Rel. 31). Fiesta de San Elías.
- A veces Liutprando es bastante preciso: “Esto se hacía (...) trece días antes de las calendas de agosto, en la segunda feria, y desde ese día hasta el noveno (...). En la cuarta feria de la misma semana...” (Rel. 34). Al comenzar el siguiente capítulo simplemente anota: “en la quinta feria” (Rel. 35). Se refiere a los días lunes 20, miércoles 22, jueves 23 y viernes 24 de julio.
- “Dos días después, es decir, el sábado (25 de julio)”, Liutprando viaja hasta Byras, “distante dieciocho millas de Constantinopla”. Allí está todavía “el sexto día antes de las calendas de agosto” cuando emprende el regreso a la Capital (Rel. 36).
- “El día de la Asunción de la Santa Madre de Dios (agosto 15)” (Rel. 47) llegaron de Roma unos embajadores enviados por el Papa.
- “El décimo octavo de las calendas de octubre (...) logré adorar el madero viviente y salutífero” (Rel. 49). Se trata del 14 de septiembre, día de la Exaltación de la Cruz.
- En el décimo quinto día antes de las calendas de octubre (septiembre 17)” (Rel. 50), el embajador es recibido nuevamente en el Palacio.

El detallado itinerario de la estadía en Constantinopla confirma la idea de que el embajador debió llevar consigo un “diario” o cuaderno de notas. Por otra parte, la casi ausencia de datos acerca del viaje desde Italia a Constantinopla, excepto por el pasaje en que relata su llegada a esta ciudad, tiene que ver con el objetivo general del relato: justificarse ante Otón I por su tardanza en regresar (y por el fracaso de su misión). En total, Liutprando estuvo “retenido” en Constantinopla “desde el segundo día antes de las nonas de junio hasta el sexto antes de las nonas de octubre, es decir, durante ciento veinte días” (Rel. 46), esto es, desde el 4 de junio hasta el 2 de octubre de 968.

Eso en cuanto al itinerario *hacia* y *en* la ciudad imperial. Pero también nos informa de su ruta *desde* ella, es decir, su regreso:

- “En el sexto día antes de las nonas de octubre, a la hora décima, salí con mi guía, en una barca, de aquella ciudad”, y “al cabo de cuarenta y nueve días (noviembre

20) (...) llegué a Naupacto” (Rel. 58). En cuanto a los medios de transporte, el embajador dice: “andando ya a lomo de burro, ya a pie, ya a caballo”. Naupacto está ubicada en la entrada del Golfo de Corinto y, desde allí, “en dos días” llegó al río Ofidario, siguiendo una ruta de cabotaje, como que sus compañeros lo seguían desde la costa (Rel. 59). “Ubicados así en el Ofidario, vimos la ciudad de Patras, distante dieciocho millas, en la orilla opuesta del mar” (Rel. 59).

-En “la víspera de las calendas de diciembre (noviembre 30)” (Rel. 60), Liutprando navega en medio de un mar tormentoso que no se aquietará hasta “después de dos días (diciembre 2) (Rel. 61). Así, pudo el viajero llegar “hasta Capo Ducato, es decir, en un recorrido de ciento cuarenta millas” (Rel. 61). Tal lugar se encuentra en la isla Léucada, entre Itaca y Corfú.

-“El octavo día antes de los idus de diciembre (6 de diciembre) llegamos a Léucada” (Rel. 63), ciudad que abandona “el décimo noveno día antes de las calendas de enero” (Rel. 64), para encaminarse a la isla de Corfú, adonde llegó el 18 de diciembre, encontrándose allí todavía el día 22 del mismo mes. En esos cuatro días tembló tres veces, y hubo un eclipse de sol, nos informa Liutprando antes de que se interrumpa el relato.

b) Costumbres. Comidas y Vestimentas²³

Dentro de las características que podemos calificar tal vez de “etnográficas”²⁴, y que dicen relación con la intención didáctico-informativa del relato, así como con la representación de la alteridad²⁵, es normal que el viajero se interese en aspectos de la cultura local, tales como la comida o la forma de vestir, cuestiones que pueden resultar –

²³ Con el fin de no recargar de citas el presente trabajo, remitimos al lector, para temas relacionados con el Imperio Bizantino y su historia, a: Ahrweiler, H., “L'Empire Byzantin” (Cap. VI de *Le Concept d'Empire*, sous la direction de Maurice Duverger, P.U.F., 1980, Paris, pp. 131 y ss.); Bréhier, L., *El Mundo Bizantino*, UTEHA, 1956, Méjico D.F., 3 vols.: *Vida y Muerte de Bizancio*; *La Civilización Bizantina*; *Las Instituciones del Imperio Bizantino*; Kórakas, Ch., “Diplomacia y ceremonial en Grecia”, en: *BNH*, 9-10, 1990; Vasiliev, A., *El Imperio Bizantino*, J. Gil Ed., 1946, Barcelona; Treadgold, W., *A History of the Byzantine State and Society*, Stanford U. Press, 1997, Stanford; Ostrogorsky, G., *Historia del Estado Bizantino*, Trad. De J. Facci, Akal, 1983, Madrid.

²⁴ Crivat, A., ed. cit., Cap. V [www.unibuc.ro/eBooks/filologie/AncaCrivat/cap51.htm]

²⁵ Richard, J., op. cit., pp. 63 y ss.

para él mismo o para su auditorio- algunas veces curiosas y otras tantas chocantes o grotescas. Dependerá de diversos factores –entre ellos la intensidad de la alteridad retratada- el cómo se presenten al lector dichos elementos.

b.1) Comida

En el caso que nos ocupa, Liutprando asistió en varias oportunidades a banquetes que ofrecía el emperador, considerando tanto la primera como la segunda embajada. Sin embargo, sólo de la última, la del 968, nos dejó un relato más pormenorizado. En general manifiesta desagrado frente a las costumbres culinarias bizantinas, actitud que está en consonancia, por cierto, con el “tono” del resto del relato y su manifiesta intencionalidad anti-griega. A veces uno se llega a preguntar cómo es posible que el embajador no encontrara nada bueno en Constantinopla; una vez más hay que entender su repulsión por las costumbres griegas en relación a su fogoso carácter, y al fracaso de su misión: es parte del dramatismo general de la obra, y de su retórica *ad hoc*: sólo podía tolerar tan insoportables costumbres por el recuerdo de su tierra y de sus señores, los Otones.

El vino, elemento básico de la dieta medieval –y más en una ciudad con carencias hídricas importantes-, “resultó imposible de beber, como que lo mezclan con pez, resina y yeso” (Rel. 1). Era costumbre entre los griegos –y aun hoy en Grecia se puede paladar un vino llamado *retsina*- mezclar el vino con diversos elementos con el fin de aromatizarlo o ayudar a su preservación. Debemos concordar con Liutprando que un comensal inadvertido puede encontrar tal brebaje insoportable.

Después de la *Proéleusis* de Pentecostés, el embajador fue invitado a una cena que califica de “vergonzosa e indecente”, para agregar que la comida estaba “impregnada en aceite, según la costumbre de los ebrios, bañada además con un cierto líquido de pescados de la peor calidad” (Rel. 11), esto es, el *garum*, una salsa confeccionada según una antigua receta de época romana, en base a la salazón y maceración –por muchos días- de pescado. Convengamos con Liutprando en que la sola lectura de la receta del *garum* hace pensar en un brebaje vomitivo...²⁶

²⁶ Según una fórmula precisa de Gargilio Marcial se preparaba en una vasija de sobre treinta litros de capacidad; se ponen en el fondo una capa de hierbas olorosas: anís, hinojo, ruda, menta, orégano, albahaca, tomillo, etcétera; luego otra de pescado troceado: salmones, anguilas sardas, sardinas, etc. (incluyendo las

En otro banquete, el emperador “alivió mi dolor con un importante obsequio, enviándome, de sus exquisitas comidas, un pingüe cabrito –del cual él mismo había comido- generosamente adobado con ajo, cebolla, puerros, y empapado en garo”, plato que Liutprando califica muy bien: “las delicias del santo emperador son excelentes” (Rel. 20). Es uno de los pocos pasajes en que el autor se manifiesta contento, aunque entre las desgracias de los capítulos anteriores y de los siguientes.

Las palabras de Liutprando llegan a ser un tanto monótonas, como que de otra odiosa cena dice que era “olorosa a ajo y cebolla, impregnada de aceite y de garo” (Rel. 32).

b.2) Los vestidos

En relación con la vestimenta, no son muchas las noticias que Liutprando nos proporciona, y cuando lo hace, es para mofarse de los bizantinos, como cuando, a propósito de la Procesión de Pentecostés observa a unos nobles que se hallan entre la multitud “plebeya y descalza”, y que se han vestido con sus galas de seda, ropajes que seguramente se guardaban como herencia dentro de la familia –la buena seda (¿es preciso recordarlo?) tiene gran durabilidad-. Como siempre, la ocasión permite al embajador pintar un cuadro grotesco: “...estaban vestidos con túnicas amplias, desgarradas por la extremada vejez. Vestidos con su traje cotidiano se habrían presentado mucho más decorosamente. Ninguno había cuyo bisabuelo hubiera poseído nueva esa túnica. Nadie allí estaba adornado con oro, nadie con piedras preciosas, excepto el mismo Nicéforo, a quien habían vuelto más desagradable los atavíos imperiales adquiridos y confeccionados para el físico de sus antecesores” (Rel. 9). El autor incorpora aquí una gota de humor que no hace sino más ridícula la descripción; respecto de la retórica de este pasaje, ya hemos dicho algo líneas atrás respecto de esta dicotomía descriptiva de denostar para exaltar.

En otro pasaje, poco antes de emprender el regreso, nuestro autor vuelve a destilar resentimiento contra los bizantinos. Sucedió que Liutprando había comprado unas piezas de seda púrpura, que le fueron confiscadas, pues la púrpura se consideraba un atributo

vísceras, o sólo con éstas); finalmente una capa espesa de sal, y así alternativamente. Se deja reposar siete días y durante veinte más se remueve todo. El jugo clarificado que sale del recipiente es el garum. Petronio, *Satiricón*, Trad. de M. Díaz y Díaz, Ed. Orbis, 1982, Barcelona, p. 44, nota 3.

exclusivo del *basiléus*. En Bizancio, el comercio de la seda era un monopolio imperial, y existían restricciones para su comercialización. El Estado fijaba no sólo los precios, sino también qué cantidades se podían vender, y a quiénes. Todo esto se le explicó a un Liutprando que no entiende justificaciones: “Poniendo esto en práctica, me quitaron cinco púrpuras muy preciosas, por considerar que vosotros (...) sois indignos de presentaros con una vestidura semejante. ¡Cuán deshonroso y cuán ultrajante es que hombres blandos, afeminados, que usan mangas largas, tiaras y teristros, falsos, sin sexo definido, indolentes, anden vestidos de púrpura...” (Rel. 54). El obispo es realmente incorregible, ya que del más nimio malentendido se aprovecha para denigrar, ofender, insultar y ridiculizar a los griegos. Incluso, después de explicársele que la púrpura es exclusiva del ámbito imperial, Liutprando dice que “entre nosotros la usan mujerzuelas de un céntimo” (Rel. 58).

Es evidente que el viajero no tiene interés estrictamente didáctico –aunque sí informativo-, puesto que no se detiene en la vestimenta de los bizantinos por curiosidad o extrañeza, o por afán de ilustrar al lector, sino siempre dentro de su discurso auto justificante que rebaja al griego para exaltar las costumbres latinas. Como hemos dicho, no es un recurso fino, pero es claramente efectivo, aunque al lector moderno puede llegar a resultarle un poco tedioso por repetitivo.

c) Polémicas Religiosas y Políticas

No nos corresponde ingresar en este momento en los argumentos²⁷ en torno a los cuales giran las polémicas de carácter político o religioso presentes en la *Relatio*, sino sólo considerarlos dentro del tema de la alteridad: tales discusiones, que el autor reproduce en detalle, nos dan cuenta de las diferentes modalidades de entender el poder o la fe en el occidente latino o en el oriente griego. Como siempre, a Liutprando le interesa demostrar la perfidia de los bizantinos, en contraste con las bondades de los latinos.

²⁷ v. Zamora, P., “Imágenes Bizantinas del siglo X en Liutprando de Cremona. Discurso, Poder y Memoria”, en: BNH, 17-18, 1998-1999, pp. 85 y ss.

c.1) La política: el problema imperial

En el plano político deben recordarse dos cosas: primero, que Otón I en 962 fue coronado como Emperador de los Romanos en la ciudad de Roma, lo que a ojos de los bizantinos constituía una usurpación de un título que ellos legítimamente habían recibido como legado de la antigua Roma, tal como se expresaba en el título imperial: *Basiléus ton Roméon*, esto es, Emperador de los Romanos. Tal denominación data de la época de Heraclio (610-641), quien la adopta después de derrotar a los persas sassánidas, en 629. Para Bizancio se trata de un título único y exclusivo; el resto de los soberanos sólo es un rex. Y segundo, el problema italiano y el reciente asedio de Otón a la ciudad de Bari, posesión de los griegos. Debemos reconocer, pues, que con justa razón el emperador Nicéforo Focas estaba molesto, pero Liutprando no acepta justificación alguna a su enojo, mostrándose como un narrador muy parcial de los hechos²⁸.

Nunca Liutprando llama al *basiléus* “emperador de los romanos”, sino “emperador de los griegos”²⁹, o se refiere al “Imperio de Constantinopla”³⁰ o al “Imperio de los griegos”³¹. Asimismo, a éstos, que se llaman a sí mismos “romanos”, los califica de “aqueos” o “griegos”³². Por cierto, Liutprando sabía perfectamente que la denominación de “emperador de los griegos” era para los bizantinos altamente ofensiva (Rel. 47), pero de ello no se deduce, necesariamente, que la use para molestar a los bizantinos, ya que aquella forma de expresión era común en occidente y, por tanto, significativa para su público. No parece hablar en los dichos términos cuando se dirige al emperador, aunque llega a decirle -según él- que la palabra “romano” se usa en su tierra como insulto: “Rómulo, dije, de quien los romanos tomaron su nombre, fue un fraticida, un porniogéneta (es decir un hijo del adulterio): la historia lo prueba; ella dice también que abrió un asilo donde recibió a los deudores insolventes, los esclavos fugitivos, los asesinos, los condenados a muerte; rodeándose así de una muchedumbre de gente de esa calaña que él llamó romanos; y es de una nobleza semejante que han nacido esos que vos llamáis kosmocratores (es decir,

²⁸ Sobre el particular, v. Simpson, A., “Liutprand of Cremona, Nikephoros Phokas and the Italian Question”, en: *Mésogeios*, 12, 2001, pp. 43 y ss.

²⁹ Ant. I, 6; III, 26; Rel. 47.

³⁰ Ant. I, 5; II, 25; V, 14; VI, 13.

³¹ Ant. I, 6.

emperadores); las gentes de allá, nosotros, lombardos, sajones, francos, loreneses, bávaros, suevos, burgundos, los despreciamos de tal manera que, cuando nos encolerizamos, no tenemos otro insulto para los enemigos que esta palabra "¡Romano!", comprendiendo en ese solo nombre de romano toda bajeza, toda cobardía, toda avaricia, toda corrupción, toda mentira, peor aún , un compendio de todos los vicios..." (Rel. 12). No parecen éstas las palabras propias de un diplomático, y se llega a dudar de que efectivamente las haya pronunciado; además, Otón era, justamente, Emperador de los Romanos...

c.2) El problema religioso: la herejía.

También la *Relatio* nos describe una disputa teológica entre Liutprando de Cremona y una "comisión" formada por el emperador, Nicéforo, el patriarca Polyeucto, y muchos obispos. Una vez más el relato no tiene como fin ilustrar a su público, sino más bien, en un discurso que destaca la alteridad, exponer la superioridad del occidente romano en materia religiosa, acusando a los bizantinos de promotores de la herejía, cosa gravísima en la época: "Todas las herejías han derivado de vosotros, entre vosotros han tomado fuerza; por nosotros, es decir, por los occidentales, han sido degolladas, por nosotros exterminadas" (Rel. 22).

No encontramos en Liutprando la preocupación de otros viajeros, peregrinos o embajadores, que se detienen en las creencias de un pueblo para enseñar a su público, como también por una clara atracción por lo exótico, marca de la alteridad³³. En Liutprando está ausente el afán científico o el interés por lo exótico; todo se reduce a la intencionalidad política de buena parte del relato.

Dentro de los aspectos religiosos, es preciso hacer alguna referencia al problema de las reliquias. Constantinopla era famosa en la Edad Media por la gran cantidad reliquias que atesoraba la ciudad, ella misma un verdadero relicario y un depósito infinito de los más preciados tesoros de la Cristiandad: la Santa Cruz, la corona de espinas, la columna de la flagelación, el mandylion, y restos de diversos santos, como Juan el Bautista, entre otros. Es por ello, seguramente, que Beda en su *De Locis Sanctis* (siglo VIII) incluyó a la ciudad

³² Véase, por ej.: Ant. III, 22; II, 53-54; III, 26, 28, 38; IV, 9; V, 9, 14, 15, 16, 20; VI, 2, 4, 5, 6; Rel. 28, 39, 40, 41, 45, 47, 62.

³³ Richard, J., op. cit., pp. 67-69.

entre los Lugares Santos. Sin embargo, Liutprando no dice prácticamente nada de todo ello, limitándose a decirnos que “mediante ruegos y obsequios logré adorar el madero vivificante y salutífero, y entonces, en medio del tumulto popular...” (Rel. 49). Es un silencio difícil de ponderar en un cristiano devoto.

d) Información de carácter militar.

De un embajador pueden esperarse noticias directamente relacionadas con el objetivo de la embajada en cuestión, que en el caso de Liutprando es bastante claro: “...mi señor me envió hacia ti para que, si quieres unir en matrimonio a la hija del emperador Romano y de la emperatriz Teófano con mi señor, su hijo, el augusto emperador Otón...” (Rel. 7). No obstante, no es raro que un embajador se preocupe de otras cosas, extendiendo su esfera de curiosidad a los más diversos aspectos³⁴ -ya hemos mencionado tópicos relacionados con la comida, los vestidos, la religión-, ya sea acicateado por su propio interés, o por lo que pueden ser las preocupaciones del emisario de la embajada. En tal sentido, la información que pueda el viajero recabar acerca de la potencia militar³⁵ de la tierra que visita –número de efectivos del ejército, composición del mismo, tipo de armas, fortalezas y debilidades, hasta datos más subjetivos como nociones acerca de la valentía de los soldados-, puede constituirse en un conjunto de datos de carácter estratégico al momento de negociar o, incluso, puede ser decisivo para hacerlo o no. Así, la información puede llegar a constituirse en una verdadera *disgressio*, recurso muy recurrente, ciertamente, en la literatura medieval.

En el caso de Liutprando, habla de la composición de la armada imperial (veinticuatro *chelandia*, dos naves rusas, dos gálicas, Rel. 29), juzga que los soldados griegos –en comparación, obviamente, con la valentía de los soldados occidentales- son débiles. “todo este ejército –dice el embajador a Otón- podría caer por obra de cuatrocientos de los vuestros” (Rel. 29). Ocho mil hombres, dice el obispo, estaban dispuestos a seguir al emperador Nicéforo al campo de batalla.

³⁴ V. Crivat, A., ed. cit., Cap. II [www.unibuc.ro/eBooks/filologie/AncaCrivat/cap2.htm]

³⁵ v. Richard, J., op. cit., pp. 69-72.

Según parece, los bizantinos mostraron parte de su poderío militar a Liutprando, probablemente como una manera de persuadirlo, cuando no de asustarlo; pero el embajador, como siempre, sólo tiene ojos para ver lo que él quiere, sin dejarse impresionar fácilmente, criticando ácidamente a los griegos. Se confunde así la información estratégica que pueda estar proporcionando, con su retórica enfocada al sarcasmo o la ironía, cuando no al desprecio. Así, nos refiere que el bizantino era un “ejército improvisado y mercenario”, pero no para contarnos sólo una verdad –efectivamente en Bizancio era costumbre reclutar mercenarios-, sino para enfatizar su poca calidad, al calificarlo de “improvisado”, aparentando desconocer que en Bizancio existían instituciones permanentes de carácter militar (Rel. 30).

Debe considerarse también que el resentimiento de Liutprando es comprensible si se piensa que el emperador bizantino, días antes, había hablado en términos duros y ofensivos del ejército de Otón I, cuyo prestigio militar era indiscutible después de haber vencido a los húngaros en la batalla de Lechfeld en 955, lo que le valió ser honrado con el título imperial en 962. “Los soldados de tu señor –dice Nicéforo- no saben cabalgar, son inexpertos en el combate a pie y, además, el tamaño de sus escudos, la pesadez de las corazas, la longitud de las espadas y el peso de los yelmos no les permite luchar (...). Les estorba también la “gastrimargia” –es decir, la avidez de vientre-, pues su dios es el vientre, su audacia el hartazgo, su coraje la ebriedad, el ayuno su destrucción, la sobriedad la fuente de su pavor” (Rel. 11). La respuesta del embajador, y con razón, encolerizó al emperador: “... las próximas guerras demostrarán quiénes sois vosotros y cuán guerreros somos nosotros” (Rel. 12).

En otro pasaje, Liutprando afirma que las tropas de Nicéforo están formadas por cobardes, ineptos, y que el emperador “no tiene en cuenta la calidad sino tan sólo la cantidad”, para agregar luego que esa gran cantidad de malos soldados será “destrozada por unos pocos de los nuestros, expertos en la guerra” (Rel. 41).

e) El Retrato o Semblanza³⁶

Es éste, tal vez, uno de los aspectos más interesantes de la obra de Liutprando, pues representa nítidamente la alteridad en el discurso, por una parte, y el cambio de situación del autor, por otra. Asimismo, la ironía, el sarcasmo y el humor se hacen presentes dando a los retratos un singular atractivo. También debe considerarse la fuerza del “yo” y el subjetivismo que asoma irreverentemente en el escrito, ya que sabemos que algunos retratos, a veces grotescos, no dicen relación con la realidad, o se contradicen con otros testimonios de la época.

Nuevamente debe considerarse el recurso retórico de exaltar a uno para denigrar a otro (*Antapodosis*), y viceversa (*Relatio*). En esta última obra, normalmente, después de duras y jocosas palabras, se pasa a la exaltación de los latinos, especialmente de los Otones: “Siempre me parecisteis hermosos, señores augustos, emperadores míos, ¡cuánto más hermosos desde entonces! Siempre distinguidos, ¡cuánto más desde entonces! Siempre poderosos, ¡cuánto más poderosos desde entonces! Siempre benignos, ¡cuánto más benignos desde entonces! Siempre colmados de virtudes, ¡cuánto más colmados desde entonces!” (Rel. 3).

Tales palabras las escribe el obispo después de retratar al emperador Nicéforo II, un hombre de gran religiosidad y conocido por su ardor bélico, como que emprendió numerosas y exitosas campañas militares contra búlgaros y musulmanes. Pero Liutprando, ese Liutprando que no puede ver nada positivo, y cuyo viaje ha sido un fracaso político (no se llegó a sellar la paz ni la alianza matrimonial), ese Liutprando resentido por el trato que se le ha dado, no está interesado en resaltar las virtudes de Nicéforo, como se ve en sus palabras que, dado su interés, reproducimos a continuación: “Nicéforo [es] un hombre enteramente monstruoso, pigmeo, de cabeza gruesa y un topo por la pequeñez de los ojos, afeado por una barba corta, extendida, espesa y semicana, deformado por un cuello del grosor de un dedo, realmente cariporcino por lo largo y denso de la cabellera, un etíope por el color, con el cual no querrías encontrarte en medio de la noche, dilatado de vientre, enjuto de nalgas, larguísimo de muslos para su pequeña talla, corto de piernas, otro tanto de talones y pies, vestido con un ropaje de vellón, pero muy viejo y maloliente y

³⁶ v. Crivat, A., ed. cit., Cap. V. 2. d. [www.unibuc.ro/eBooks/filologie/AncaCrivat/cap52b#6]

descolorido por el mismo largo uso, calzado con zapatos zicionios, atrevido por su lengua, un zorro por la astucia, un Ulises por el perjurio y la mentira” (Rel. 3).

Como si ello fuera poco, más adelante Liutprando se mofa de sus vestidos imperiales (Rel.9), como ya hemos visto. Con ocasión de la *Proéleusis* de Pentecostés, el obispo dice que “aquel monstruo avanzaba casi reptando” (Rel. 10), mientras los músicos entonaban alabanzas, las que en Bizancio eran verdaderas letanías honrando al emperador. Pero Liutprando sólo ve una ridícula adoración, y señala: “¡Cuánto más verazmente hubieran cantado entonces: ‘Ven, carbón apagado, miserable, con tu andar de vieja, con tu rostro de Silvano, rústico, salvaje, errante, caprípedo, cornudo, hombre-bestia, cerdoso, bruto, villano, bárbaro, grosero, rebelde, capadocio!’” (Rel. 10), expresión esta última proverbial para señalar la rusticidad de una persona. Y no contento con todo eso, agrega luego: “...me movió no poco a risa él, sentado como iba, sobre un caballo arisco y brioso, demasiado pequeño para tamaña cabalgadura. Mi mente lo imaginó como esa muñeca que vuestros vasallos esclavos atan sobre un potrillo al que dejan luego correr sin freno detrás de su madre” (Rel. 23). Finalmente, lo compara con un asno salvaje (Rel. 41).

Con otros personajes, el obispo es un poco más indulgente, pero siempre tiene alguna expresión ingeniosa, a veces hilarante, en sus retratos. Por ejemplo, del guardia que custodiaba su hospedaje, en el cual Liutprando se sentía como un preso, dice que para encontrar otro sujeto de la misma calaña habría que buscar en el Infierno (Rel. 1). De León, curóplata y logotheta, informa que “era un hombre, en lo físico, de gran talla y falsamente humilde, a tal punto que perforaría la mano de quien sobre él se apoyara” (Rel. 2). Del César Bardas, a quien conoció en un banquete, dice que parecía de ciento cincuenta años, un “cadáver viviente”, para contarnos enseguida que los griegos, que lo alababan deseándole larga vida, eran unos necios, pues pedían a Dios aquello “que la propia naturaleza no permite” (Rel. 28).

En la *Relatio* los retratos ocultan la realidad tras una máscara retórica mal intencionada, de modo que, prácticamente, no vemos en escena a personas sino, en una ridícula comedia, una galería de caricaturas grotescas que sólo son comprensibles en la mirada de Liutprando. En los retratos, claramente, irrumpe con toda su fuerza la subjetividad del viajero, desencadenado desenfrenadamente la ironía, el sarcasmo y el humor, como notas distintivas.

En claro contraste, pero demostrando una vez más cómo el discurso de Liutprando se ajusta al “yo” y sus muy personales circunstancias, en la *Antapodosis*, escrita con anterioridad, el emperador bizantino es un personaje digno de elogios, tanto cuando el autor habla de lo que sabe por terceros, como cuando apela a sus recuerdos. Así, León VI (887-912), llamado El Sabio, le parece al autor que reinaba con santidad y justicia (Ant. I, 6); otro emperador es calificado como santísimo y temeroso de Dios (Ant. II, 52); para el emperador Romano I no tiene sino elogios, calificándolo como digno de alabanza, piadoso, humano y generoso (Ant. III, 22); de Constantino VII dice que éste reinaba felizmente (Ant. III, 26).

No se trata de que uno u otro texto sean más realistas en los retratos que nos entrega: tal vez ambas son, finalmente, semblanzas estereotipadas en directa relación con el discurso del viajero. No se trata tan solo de una subjetividad que va *in crescendo* desde la *Antapodosis* hasta la redacción de la *Relatio*³⁷, sino también de una curva ascendente en el tono dramático del relato, y en la alteridad que se manifiesta a través de él.

f) La *descriptio urbis*, los *mirabilia*, los edificios. A modo de conclusión.

Liutprando de Cremona, como ya sabemos, visitó la ciudad de Constantinopla en dos ocasiones, en 949 y en 968, en una época en que el Imperio Bizantino gozaba de un gran auge, destacándose –excepción hecha de la Córdoba Califal- en el Mediterráneo como una urbe de riqueza y cultura incomparables, y con edificios –pensemos sólo en la catedral de Santa Sofía- que asombraban a los viajeros occidentales por su belleza y monumentalidad inauditas. En el Mediterráneo de la época bastaba a cualquiera decir que se dirigía “a la *Polis*”³⁸, y se entendía que iba a Constantinopla, la *polis* por antonomasia, la *Basilévusa Pólis*, esto es, la “Ciudad Emperatriz”, o la *Basilévusa ton Póleon*, es decir, la “Emperatriz de las Ciudades”.

Curiosamente –o mejor: sintomáticamente- en la embajada de 968 y recogida en la *Relatio*, Liutprando apenas si se refiere a la ciudad o a los edificios, a pesar de que sabemos que, en varias ocasiones, estuvo en Palacio, en la magnífica iglesia de los Santos

³⁷ Introd. a la ed. castellana de la *Relatio*, pp. viii-ix.

³⁸ En griego “eis tin pólin”, de donde, más tarde, “Istanbul”.

Apóstoles³⁹ (Rel. 19), o en la Catedral de Santa Sofía (Rel. 10), tan alabada por tantos viajeros⁴⁰. Apenas si se refiere con algún detalle a su hospedaje, y sólo para contarnos que era una morada enteramente odiosa: no protegía ni del frío ni del calor, y carecía de agua (Rel. 1, 2). Y cuando se refiere a la urbe como un todo, califica a Constantinopla de ciudad “ahora famélica, perjura, mendaz, traicionera, rapaz, codiciosa, avara, fatua” (Rel. 58).

Contrasta dicha visión con la que el autor nos entrega, deleitándonos, en la *Antapodosis*. En efecto, allí la ciudad es exaltada por su riqueza y por la sabiduría de sus habitantes (Ant. I, 11), ilustrando al lector con datos acerca de los edificios, nombres y anécdotas (Ant. I, 5-12) y, hablando ya como testigo ocular, admírase ante el Palacio y sus dependencias: “El Palacio de Constantinopla destaca no sólo por su belleza, sino también por la solidez entre todas las fortalezas que yo había visto, ya que está custodiado por un gran número de soldados continuamente” (Ant. V, 21). Del *Chrisotriklinos*, lujoso salón donde tenían lugar recepciones solemnes, dice que era la parte más noble del Palacio.

Los datos que Liutprando proporciona acerca del Palacio y el ceremonial que allí tenía lugar son de gran interés, ya que no se conservan sino algunos mosaicos del piso del otrora magnífico Palacio que, justamente, ya en el siglo X comenzó a arruinarse producto del abandono, ya que los emperadores prefirieron el Palacio de Blaquernas, en el ángulo nor-oeste de la ciudad.

Es en el libro VI de la *Antapodosis* donde encontramos los más conocidos y citados pasajes de la obra de Liutprando, cuando describe el Palacio de la Magnaura o la Dekanea. Los términos que emplea –maravilla, belleza, grandeza, o el tópico de lo inefable⁴¹- se constituyen en la “marca textual” que nos indica que nos encontramos frente a los *mirabilia*, elemento más o menos común en los relatos de viaje de la Edad Media. El

³⁹ Esta iglesia hoy no existe, pero la Catedral de San Marcos, en Venecia, se construyó siguiendo su modelo, lo que nos permite hacernos una idea de la grandiosidad del templo en cuestión.

⁴⁰ Recordemos, a modo de ejemplo, el relato de los embajadores del Príncipe Vladimir, en 988: “...llegamos donde los griegos que nos llevaron al lugar donde adoran a su Dios, y no sabíamos ya si nos encontrábamos en el cielo o en la tierra, pues en la tierra no hay un espectáculo comparable, ni de tal belleza. No somos capaces de describirlo; lo único que sabemos es que Dios habita allí en medio de los hombres; y su oficio es más admirable que el de otros países. No olvidaremos jamás su belleza, ya que cuando uno ha probado algo dulce, difícilmente soportará lo amargo”. *Chronique de Nestor*, trad. sur le texte slavon-russe par Louis Léger, E. Laroux, 1884, Paris, p. 90.

⁴¹ Crivat, A., ed. cit., Cap. V.2.c [www.unibuc.ro/eBooks/filologie/AncaCrivat/cap52.htm]; tb. Richard, J., op. cit., pp. 63 y ss.

exotismo se traduce entre los viajeros de todos los tiempos al destacar aquellos elementos que, estiman, impresionarán a sus lectores⁴²

Dos son los pasajes que merecen recordarse ahora *in extenso*. El primero, referido al Palacio de la Magnaura, y el segundo, a la casa llamada Dekanea:

(Ant. VI, 5) "Hay en Constantinopla una casa, contigua al palacio, de maravillosa grandeza y belleza, que por los griegos es llamada *Magnaura*, casi gran aura, con la "v" puesta en el lugar de la "digamma". Constantino hacía así preparar esta casa ya para los emisarios de los Españoles, que entonces habían recién llegado, o para mí y Liutifredo. Delante del trono del emperador había un árbol de bronce, pero dorado, cuyas ramas estaban llenas de aves igualmente de bronce y doradas de diverso género, que según su especie emitían el canto del más variado tipo. El trono del emperador estaba dispuesto con tal arte, que en un momento parecía en el suelo, luego más alto, y repentinamente sublime, y lo custodiaban, por así decir, leones de inmensa grandeza, no se sabe si de bronce o madera, pero recubiertos de oro, los que golpeando la tierra con la cola, abierta las fauces, emitían rugidos con las móviles lenguas. Es a esta casa a la que fui llevado ante el emperador sobre las espaldas de dos eunucos. Y si bien a mi llegada los leones emitieron un rugido, y las aves cantaron según su especie, no fui conmovido ni por temor, ni por admiración, porque de todas estas cosas había sido informado por quien bien las conocía. "Inclinándome hacia adelante por tres veces adorando al emperador alcé la cabeza y aquel que antes había visto sentado, elevado por sobre la tierra de manera mesurada, lo vi luego revestido de otras vestimentas y sentado cerca del cielo de la casa; cómo ello sucedió no lo puedo pensar, sino porque tal vez haya sido elevado hasta allí por un *ergálion* (árgana), con el cual se levantan los árboles de las prensas. Entonces, su boca no pronunció ninguna palabra, ya que, aunque lo quisiese, la grandísima distancia lo hacía inconveniente, sino que mediante el logotheta me preguntó acerca de la vida y salud de Berengario. Habiéndole consecuentemente respondido, a la señal del intérprete salí y me retiré rápidamente al hospedaje que me había sido concedido".

⁴² Richard, J., op. cit., p. 82.

(Ant. VI, 8) Hay allí una casa junto al hipódromo orientada al norte, de maravillosa altura y belleza, que se llama *Dekaenneakubita*, nombre que ha tomado no de la realidad, sino por causas aparentes; *deka* en griego equivale a diez en latín, *ennéa* es nueve, *kubita* se refiere a las cosas inclinadas o curvadas, viene del verbo *cubare*. Y es, por tanto, porque en la navidad según la carne de Nuestro Señor Jesucristo (25 de diciembre) se preparan diecinueve mesas. En ellas cenan el emperador, los paramentos y los invitados, pero no sentados como en los otros días, sino recostados; en aquellos días se sirve no en vajillas de plata, sino sólo en las de oro. Después de la comida fueron traídos los pomos en tres vasos de oro que, por su enorme peso, no son portados por manos humanas, sino en vehículos cubiertos de púrpura. Dos son colocados sobre la mesa de este modo. A través de unos orificios abiertos en el techo, tres cuerdas cubiertas con pieles doradas son intercaladas con anillos de oro que, puestos en las asas que sobresalen de los vasos, con la ayuda de tres, cuatro o más hombres, son levantados sobre la mesa por medio de un *ergalion* giratorio, que está sobre el techo, y del mismo modo son retirados.

En los dichos recintos se desplegaba todo aquello que podemos denominar como la dimensión sacrosanta del poder y, verdaderamente, el Palacio aparece ante nuestros ojos como un santuario de la religión imperial. Se trataba de un conjunto de edificios que incluía salas de recepción, las habitaciones imperiales, iglesias, capillas, cuarteles, bodegas, talleres, jardines, etc., una verdadera "ciudadela" de 400.000 m². Las salas del trono se destacaban por el lujo y la opulencia⁴³. Allí, como lo dice el obispo, el emperador hace su aparición como si se tratara de una verdadera hierofanía⁴⁴. "Liutprando añade que no sintió ningún temor ni admiración porque estaba advertido de los trucos, pero muchos otros embajadores deben haber reaccionado de manera diferente"⁴⁵. El ceremonial,

⁴³ v. Castillo, M., Constantinopla. La Ciudad Reina, Ediciones del Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos de la Universidad de Chile, 2003, Santiago de Chile, pp. 30 y ss.; Miranda, S., "Étude sur le Palais Sacré de Constantinople. Le Walker Trust et le Palais de Daphné", *Byzantino-Slavica*, XLIV, Fasc. 1, y XLIV (1983) Fasc. 2.

⁴⁴ v. Herrera, H., "Fiestas Imperiales en Constantinopla", en: Herrera, H., *Dimensiones de la Cultura Bizantina*, Ed. de la U. De Chile y de la U. Gabriela Mistral, 1998, Santiago, pp. 441 y ss.

⁴⁵ Herrera, H., "Las Relaciones Internacionales del Imperio Bizantino", en: Herrera, H., *Dimensiones...*, op. cit., p. 37.

justamente, tenía como objetivo resaltar la dimensión sobrenatural del poder del emperador, pero también impresionar a los extranjeros con los artificios mecánicos que describe el obispo de Cremona.

Como señala acertadamente M. Oldoni⁴⁶, Liutprando manifiesta una especial sensibilidad para la descripción del espacio. Por eso puede parecer aún más extraño que en la *Relatio* el autor no haya dedicado tiempo a ella; pero la explicación la da de algún modo el mismo Liutprando, cuando señala que “en los tiempos del emperador Constantino de feliz memoria (...), vine aquí no como obispo, sino como diácono, y enviado no por un emperador ni por un rey, sino por el marqués Berengario (...). Ahora, siendo obispo por la misericordia de Dios y enviado por los magníficos emperadores Otón, el padre, y Otón, el hijo, se me deshonor a tal punto (...). ¿No os pesan mis ultrajes, más aún, los de mis señores, quienes son despreciados en mi persona?” (Rel. 55).

La anterior cita, creemos, expresa claramente, primero, el porqué de la tan pronunciada alteridad manifiesta en el texto y, segundo, el porqué son tan diferentes, en su “tono”, la *Antapodosis* y la *Relatio*. De algún modo, el objetivo de la primera obra – castigar con la pluma a quienes han tratado injustamente al obispo y premiar a quienes han sido benevolentes con él-, se prolonga y acentúa en la *Relatio*. Así, queda explicado el recurso retórico que permanentemente se hace presente en la obra de Liutprando, y que no tiene que ver con un cambio sustancial que se haya operado en Constantinopla entre 949 y 968, sino con que el sujeto escribiente ha mutado: de diácono en obispo, de legado de poco rango a legado imperial. El “egocentrismo histórico” comparece en esta retórica que busca, primero, denostar un rey exaltando al emperador griego y, después, denostar al emperador bizantino para exaltar a los Otones. Es la retórica del desquite.

Como señala P. Zamora⁴⁷, las descripciones de lugares, comidas, vestimentas, ceremonias, la incorporación de creencias populares o relatos legendarios, representan un “contra-ícono” de la supuestamente hiératica y rígida sociedad bizantina.

* * *

⁴⁶ Oldoni, M., op. cit., p. 18.

⁴⁷ Zamora, P., op. cit., p. 89.